

malherido el sueño, se lo impidieran tantos aquelarres como sonaban en las galerías y en las calles. A cada grito insultante para Madame Veto, el Rey, sin idea ninguna del mal por su persona y familia inferido al pueblo, exclamaba: «¿qué les habrá hecho?» Y no le respondía su conciencia, que les hiciera el sistema pesimista de su mujer dentro la guerra civil, como sus maniobras y sus conjuras fuera la invasión germánica. Sueño magnético debió sufrir, sueño de alucinaciones y de pesadillas, en que vibran los nervios negándose al descanso; en que los ojos entornados columbran visiones informes compuestas con figuras indelimitadas é indistintas, cuyos perfiles dibujan en la retina caldeada y en el aire oscurísimo, agorerías semejantes al vuelo de nubes tempestuosas que parecen aves nocturnas y carnicerías en el silencio y en el negror de una electrizada noche. Ha tenido que abandonar el palacio donde la colocaron como en verdadero santuario sus padres; que oír los prodromos de un combate á muerte, asestado al treno de su dinastía por un pueblo en delirio; que meterse dentro de un Congreso enemigo buscando refugio, superior en lo acerbo á todos los tormentos; que oír las blasfemias de los diputados y ver las infamias de los clubs; que presenciar el destronamiento de su esposo y de su hijo; que sufrir todos los tormentos imaginables, lo mismo en el cuerpo, cercano á la muerte que en el alma, presa de asesina desesperación. Fantasmas con linternas sordas en sus manos metidas entre mangas de tinieblas; cadalsos cubiertos entre sudarios compuestos de vapores de sangre; verdugos monstruosos, sin formas de ningún organismo clasificado; relampagueos de hachas tajantes, cayendo sobre su cuello; el recuerdo de Carlos I, por un lado y la imagen de María Estuardo, por otro; todo esto pasaría en aquel estado neuroténico ante la desgraciada enferma, cuya inquietud recrudecía en aquella cama de agudas espinas el fatigoso cansancio, exacerbando con exacerbaciones mortales sus desarreglados nervios. Y luego tantas fidelidades pagadas con la muerte, tantos amigos mártires de cariñosos afectos, las cabezas que rodaban por el suelo cercenadas de los cuerpos suyos al furor popular; la mirada suprema y el suspiro postrero de los moribundos expirantes; la consideración de los males que aun sobre los náufragos estaban cerniéndose; horror indescriptible debían inspirar á la pobre Antonieta, quien pasó en claro una noche iluminada por los centelleos de sus presentimientos, los cuales resaltaban de relieve y de bulto bajo las tinieblas de sus recuerdos. Así, no cae sobre sus párpados ni un asomo de sueño. Habiéndose acostado junto al hijo, de este hijo no recabó más consuelo que la contemplación de aquel su tranquilo y sosegado dormir connatural á la infancia. En cambio Luis XVI habló casi toda la noche, por sus primas horas á lo menos, mostrando la misma impasibilidad mostrada en el Congreso. La explicación de su proceder en aquellas críticas horas á cada minuto le brotaba por los labios, asegurando no haberse resistido por imposibilidad completa de resistencia. El pueblo tenía sus jefes; al Rey le mataron el jefe único encargado de la defensa. El pueblo se movía como á un solo impulso y mostraba

tener un alma sola; mientras había entrado la discordia entre los defensores del Palacio. Atacaba al pueblo con furor y se defendían los atacados con tibieza. Ningún verdadero cómplice contaba el Rey entre los revolucionarios mientras la revolución entre los batallones de la Realeza contaba, no con meros cómplices, con antiguos coautores. Y estas conversaciones, promovidas por las reconvenções de Antonieta cuando ingresó en su pobre celda, sólo duraron una parte de la noche aquella; fatigadísimo el Rey, experimentó las consecuencias subsiguientes al cansancio y despidió á sus nobles conversadores para conciliar el beato sueño, que consiguió en seguida, no como si durmiera en los senos de su primera prisión y sobre las tablas de una cama carcelaria, como si durmiera bajo los maravillosos techos de su antiguo inviolado tabernáculo, bajo los techos espléndidos de su inmenso Versalles.

A las seis de aquella espantosa mañana recabó un poco de sueño al cansancio la Reina, el día doce de Agosto; y apenas acababa de recabarlo, cuando aparecen los comisionados del Congreso, disponiendo la vuelta del Monarca y los suyos al achicharradero de la tribuna. Despertar horrible fué aquel despertar de una Reina, cuyos ojos, desde su nacimiento, se habían fijado en regios é imperiales artesonados, y tenían que fijarse en las vigas desnudas de la pobre celda monástica. Desde su generación trajo aquella mujer orgullosa el derecho de mandar sobre una sociedad cualquiera, de constituir en leyes é instituciones sus más ligeros caprichos, como el arreglo mágico de Trianón y como la compra temeraria de Saint Cloud y como las representaciones de los propios dramas asesininos del poder real en los teatros de su corte; y en estos trances la sociedad entera sobre su persona reinaba, y lo que más podía disgustarla, reinaba sobre su persona el enjambre de aquellos diputados, á los cuales no divisaba ella desde las alturas del trono. Hasta para mostrarle gratitud y lealtad en los tratos rudimentarios entre personas obligadas unas con otras por mutuas obligaciones, había necesidad imprescindible de pedir el correspondiente permiso á los comisarios del soberano Congreso, quienes lo concedían ó lo negaban según su grado y gusto. Entre los admitidos aquella mañana se contó un Hue, del servicio de cámara, caído la noche anterior en las trombas del huracán y salvo de tan horrosos remolinos y presente allí por un verdadero milagro. Al entrar, Luis XVI estaba en su lecho, envuelta la cabeza con sucio pañuelo, sin afeitarse y sin peinar, semejándose á un verdadero convaleciente, con aire carcelario. Entre sollozos, que partían las piedras, contó Hue las fases del inmenso daño por él corrido y rememoró la lista de los servidores íntimos del Rey, á cuchillo y á balazo muertos. Las damas acudieron al relato; y como la Reina oyese algo, las llamó á gritos y les pidió contasen todo cuanto en la cámara del Rey se había referido. Ninguna de aquellas damas durmiera. Isabel pasó la noche toda en oración: la princesa Lamballe y madame Tourzel en vela. Entre oración y oración, entre cabezada y cabezada, entre sollozo y sollozo, habían á una convenido, según la comunidad de sus presentimientos y de

sus convicciones, en que no podía quedarles ninguna esperanza. La Reina, siempre animosa, dejaba caer los brazos en un total desfallecimiento y movía la cabeza como los probados y afligidos por la muerte ante los restos fríos de las personas queridas. La hija de Tourzel, por otro milagro salvada también, pidió permiso para entrar, y otorgado, entró desalada en las celdas. Al verla, su madre, la institutriz del príncipe, no pudo contener su contento, ni la Reina estancar sus lloros. Con la joven Tourzel se juntaron varios caballeros, idos al reclamo de la compasión para ser de la desgracia partícipes y varias señoras heroicas, entre otras, la célebre Campan. ¡Cuál distancia entre los aparatosos besamanos y aquellos besos del alma, entre los jardines y las celdas, entre las rozagas de las ceremonias sin fin y la desnudez aquella, entre los brillantes y las lágrimas, entre los loores que llenaban el aire de las regias cámaras y los insultos que llenaban el aire de la dura prisión! El paralelo era tan lógico que surgía por sí mismo y Antonieta estaba tan fuera de sí que oprimía contra su corazón las personas de su regio séquito, arrodilladas por los tiempos de la secular etiqueta y del complicado ceremonial antiguo á sus pies. Comprendiendo las infelices damas que, si prescindían de liturgias tales, iban á sancionar el destronamiento, demandaron honra tan eximia como la honra de besar aquella real mano; y Antonieta hizo que le besaran las mejillas, encontrando quizás en el abandono de su rango y en la igualdad, algún fugaz alivio á sus males, algún ligerísimo consuelo á sus penas. Por la manera del Profeta, en sus trenos, preguntaba con elocuentísimo acento á las damas Antonieta, si vieran dolor alguno parecido á su dolor; si le perdonarían el haberlas hecho sin voluntad correr tantos riesgos; si notaban como las furias del averno se habían á una conjurado contra ella y lanzádola sus mortíferos alientos. Según sus lamentaciones de aquella hora no se veía un pedazo de cielo por ninguna parte; no asomaba por ningún lado ni el más mínimo albor de una consoladora esperanza. Y nada de lo universal veía, nada del curso de los tiempos, nada del empuje de las ideas, nada del movimiento planetario y humano; para ella explicábase todo por motivos segundos y bajos, por pasiones pequeñas, por móviles mezquinos, por el interés de los egoistas y el desasosiego de los ambiciosos y el afán de sueldos y destinos y la general codicia y la traición de los emigrados y la temeridad de los irruptores; menos por el gran motor de todo, que movía la máquina social como Dios mueve la máquina celeste, menos por el nuevo espíritu y el nuevo pensamiento. Este dolor, tan legítimo y natural, aunque la Reina explicara pésimamente sus causas y prescindiera de la propia responsabilidad, se aumentaba cuando veía sus tiernos y hermosos hijos, sobre cuyas frentes había descubierto, desde que los engendrara y pariera, la primera corona del mundo, sin sospechar hasta en aquel supremo revelador instante que no había de legarles herencia ninguna en la hora de su muerte, viéndolos coronados con los abrojos de la ignominia y envueltos en los harapos de la miseria.

La sesión del doce aún excedió á las sesiones anteriores en amargura. Tenían que recorrer un grande espacio los Reyes entre las celdas del Monasterio y las tribunas del Congreso. La curiosidad general, el interés político, muchas otras concausas aglomeraban á su paso gentes y gentes, entre las cuales, obedeciendo á la complexión y á la historia de cada individuo, llegaban los menos á enternecerse hasta el llanto, mientras llegaban las más á sublevarse hasta el insulto. Así, pasando los prisioneros ante numeroso grupo, compuesto por varios ciudadanos de muy diversas y opuestas cataduras, como resaltara entre todos un joven, de buen porte y finos modales, creyéndose monárquico, saludólo con su gracia natural Antonieta, y, á este saludo, gritóle sin piedad aquel cuitado, que, por sus pocos años y sus sentimientos varoniles, debía sentir natural compasión hacia la desgraciada, estas feroces palabras: «Ve, ve con tus gestos á otra parte, pues, conociéndote nosotros, en vano prestan esos seductores movimientos á tu cabeza; ya te la cortaremos para que no pueda ejercer sus seducciones». El tumulto encrespadísimo, las demandas y requerimientos temerarios, los desacatos á la familia real, el afán por un pronto desarraigo del trono, las imposiciones de los comuneros, la debilidad de los diputados, tantas amenazas henchidas de tantos peligros, aumentaron en aumentos espantosos á la segunda fase y segundo día del regio cautiverio dentro de la Representación Nacional. Por un lado entró Tallien, que llevaba en sus atrevimientos inverosímiles y en sus desplantes cómicos ya las señales del destino extraordinario que le reservaban los acontecimientos; y por otro lado entró Santerre, que paseaba delante de aquella dinastía vencida los trofeos de la victoria popular, con el pensamiento y los ojos puestos en ella, próximos los dos á saltar con saltos de tigre sobre sus espaldas, apoderándose de sus personas. Y para este fin exclusivo, para la captación del Monarca y los suyos por la Comunidad, todos los comuneros aseguraban á una serles cosa imposible responder de la tranquilidad general, mientras los Reyes no estuvieran á buen recaudo y en sus cárceles, tanto más, cuanto que sabían se tramaba por los realistas un rapto y por la corte se confiaba en próxima y ventajosa regia fuga. Inútilmente los diputados celaban la personas de los Reyes, con celo de guardianes medrosísimos; no podían fiarse de ellos los comuneros, recién instalados en el poder omnímodo, que sus rivales perdieran, merced á una dejación voluntaria. Bien hacían cuanto les era dable los diputados para emular á los comuneros y guardar la persona del Rey; pero en vano. Grangueneuve, diputado girondino, más por su nacimiento en la Gironda que por sus ideas políticas, exageradas siempre; aquél, que había querido quitar el título de Majestad al Rey en el comercio continuo y relaciones diarias entre la Monarquía y la Cámara; aquél, que se había presentado en una sesión cubierto con gorro frigio, promoviendo escándalo unánime de sus compañeros; como desempeñase á la hora del regio cautiverio un cargo tan importante cual fuera el cargo de comisario, y se creyese por este cargo en la obligación de molestar al Rey, emprendióla

con leal aristócrata, que se llamaba Chabot, y no tenía otro delito sino haberse presentado á guardar la dinastía en sus tribulaciones, vestido con traje de miliciano, por lo cual delatólo, como un verdadero inquisidor, al Congreso, y después entregó tal víctima expiatoria, ya rendido y desarmado, en aquellos terribles momentos, á las implacables cóleras del pueblo. So pretexto de llevar sobre sus espaldas cargo tan grave como la vigilancia parlamentaria y responder en aquellas agitaciones é inquietudes profundísimas de la completa seguridad del Parlamento, indispensable al ejercicio de su soberanía, los dedos se le antojaban huéspedes, y por do quier veía fantasmas con puñales en la mano, ascendiendo de subterráneos misteriosos, como en comedia de magia, para intentar el rescate de la Monarquía y torcer el triunfo de la democracia. Por esto, en tal estado de ánimo, decía, uniendo al dicho desarreglados gestos, haber topado en los pasillos con el conde Poix y otras muchas gentes de su calaña, conjurados por tal guisa contra las naturales consecuencias de la revolución, encerradas en el nuevo régimen de gobierno que, mientras tales pajarracos allí se vieran, imposible al Congreso encargarse de los cautivos y menos responder de su retención al pueblo. Con esto, para mucho apremiar la traslación del Rey al Ayuntamiento, sumaba consideraciones de tan poco peso, como la consideración de que, debiendo el Comité de vigilancia celebrar sus asambleas en el cuarto segundo del convento fuldense, adscrito á la dinastía, se hallaba imposibilitado aquél con imposibilidad absoluta de cumplir sus deberes y desempeñar su ministerio, tan trascendentales, en semejantes horribles horas, á Francia entera. No se necesitaba más para que se alarmasen todos, y, en esta horrible alarma, propusieran inferir vejámenes sobre vejámenes á la servidumbre real. Así, un diputado, Chedieu, proponía: primero, averiguación del comandante de retén que dispusiera una guardia de veinticinco milicianos para el Rey; segundo, nombre del jefe militar destinado á la custodia del palacio parlamentario; tercero, lista de las personas componentes del servicio real; cuarto, pena de muerte fulminada sobre todos aquellos capaces de llevar sin derecho alguno los uniformes del pueblo armado, debiendo llevar las libreas del Rey destituido. La iniciativa de los diputados en el derecho á proponer entonces no tenía tasa ni tampoco límite. Lejos de presentar las proposiciones, como las presentamos nosotros, con firmas, acompañadas de otras firmas, presentábanse por cada diputado mientras se lo pedía el gusto, á roso y veloso, muchas veces á salgá lo que saliere. Abusábase así tanto del derecho de proposición, como solemos abusar nosotros hoy del derecho de pregunta, especie de fuego graneado, cuyos disparos salen hasta del seno de la mayoría, y hieren á los gobiernos muchas veces por la espalda. Entre aquel aquelarre de proposiciones oyóse una voz estentórea, lanzada por un ciudadano, el cual trae asido á la barra el aristócrata, causa de aquellas alarmas, Chabot, quien acusa de haberse disfrazado con traje correspondiente á la Milicia Nacional, correspondiéndole traje de la reaccionaria corte. Al verse por aquellas acusaciones homicidas convertido en reo verda-

dero de muerte, Chabot explica serenamente su nombre, su vida, su historia, sus cargos, cuantas circunstancias podían en descargo propio aducirse. Granadero perteneciente á los batallones del barrio de San Germán; acompañante del Rey desde las Tullerías al Congreso, por hallarse de guardia en Palacio cuando la voluntaria traslación real; compañero y amigo de cuantas personas estaban dentro del palacio parlamentario á servicio de la dinastía, quiso enterarse de si lo necesitaban para un menester cualquiera; y al preguntar en las habitaciones del conserje por la manera legítima de penetrar en el recinto y cumplir los deseos, á cuyos ímpetus obedecía, lo arrestaron de súbito y lo condujeron á la barra sin derecho. Estas excusas, en vez de mejorar su triste situación, la recrudecieron y agravaron mucho, en recrudecimiento y gravedad inenarrables. Que al cuartel de donde granadero se llamaba, no le podía tocar el diez la custodia de Palacio; que á éste acudiría sin el debido requerimiento y sin la indispensable citación de sus jefes; que, tocándose por las campanas á rebato y por los tambores á generala, no tenía puesto alguno legal sino aquel destinado á todo su cuerpo militar; que no hallaba justificación su presencia de uniforme nacional en las Tullerías el día antes, como su presencia en el Congreso entonces; que si fuera ó no fuera guardia real y ayudante de Lafayette; que si acompañara ó no acompañara la persona del general cuando se presentó éste ante la Representación popular en su barra; todas estas imputaciones, y otras muchas más, acumularon sobre su cabeza para despojarlo de sus papeles, carteras y portamonedas; lacrar cuantos objetos encima tenía; prenderlo y conducirlo al calabozo de los sospechosos en las cárceles llamadas de la Abadía, lo cual equivalió á una sentencia de muerte; pues, en efecto, pocos días después de tal interrogatorio y apresamiento, lo mataron, en el mismo calabozo donde aguardaba justicia, siendo únicamente víctima de la venganza.

Hechos de semejante naturaleza dicen cómo debía el furor colectivo en aquellos momentos remontarse y cuál daño corrían las reales personas de caer aniquiladas sobre los vorágines de las horribles cóleras revolucionarias, en aquella sazón subidas á la mayor intensidad, y creciendo sin embargo, creciendo fuera de lo natural, conforme crecía también la estadística de los hombres libres inmolados ante las aras del poder monárquico, enrojecidas del horrible cruor, chorreando gota tras gota, después de los torrentes ya vertidos, humana sangre. Todos los corredores y pasadizos, todas las puertas é ingresos, el vestibulo y las tribunas, los alrededores del Parlamento, hallábanse de muchedumbre popular henchidos, muchedumbre trastornada por los truenos de la pólvora y por los vapores de la matanza, pidiendo con gritos y gestos amenazadores su indispensable desquite. Los diputados consumieron la sesión subsiguiente á la perdurable del diez al once de Agosto, y precedente á la definitiva prisión del Monarca, en disputar la cabeza de éste y de los suyos á las reiteradísimas y violentas demandas de castigo inmediato dirigidas por el pueblo en tumultos y vociferaciones indecibles hasta los senos de la representación